

y compañeros: "Peleaban las batallas de Israel con grande alegría (1);" y así vencían.

Y hay otra razón para esto; que como los demonios son tan envidiosos de nuestro bien, nuestra alegría les atormenta y da pena, y nuestra tristeza y pusilanimidad los alegra; y así, aunque no fuese sino por eso, habíamos de procurar no mostrar pusilanimidad ni tristeza, por no darles ese contento, sino mostrar mucho ánimo y alegría para hacerlos rabiar con ello. Cuentan las Historias eclesiásticas de los Santos mártires, que una de las cosas con que hacían rabiar á los tiranos, y con que ellos atormentaban mas á los tiranos que los tiranos á ellos, era con el ánimo y fortaleza que mostraban en los tormentos. Pues de esa manera nos habemos de haber nosotros con los demonios en las tentaciones, para hacerlos rabiar y que queden corridos. Por ser este medio tan principal para vencer las tentaciones y salir con victoria y triunfo de nuestros enemigos, iremos diciendo en los capítulos siguientes algunas cosas que nos ayudarán á tener este ánimo y esfuerzo en ellas.

CAPITULO XI.

Cuán poco es lo que el demonio puede contra nosotros.

Ayudarános, y no poco, para tener ánimo y esfuerzo en las tentaciones, considerar la flaqueza de nuestros enemigos y cuán poco puede el demonio contra nosotros, pues no nos puede hacer caer en pecado ninguno, si nosotros no queremos. Dice muy bien San Bernardo: "Mirad y advertid, hermanos míos, cuán flaco es nuestro enemigo, pues no puede vencer sino al que

(1) Et peccabantur praesulum Israel cum hostibus. *1. Mach. III, 8.*

quiere ser vencido (1). Si cuando uno va á la guerra á pelear contra su enemigo, estuviese cierto que si él quisiese vencería, y que en su mano estaba la victoria, ¡qué contento llevaría, porque iría cierto de ella, pues de sí está cierto que quiere vencer y no ser vencido! Pues de esta manera podemos ir nosotros á pelear con el demonio; porque estamos ciertos que no nos puede vencer, si nosotros no queremos ser vencidos. San Gerónimo (2) notó esto muy bien sobre aquellas palabras que el demonio dijo á Cristo nuestro Redentor, cuando puesto en el pináculo del templo, le tentó persuadiéndole que se echase de allí abajo (3). Dice San Gerónimo: "Esa es voz del demonio, que desea que todos se echen y caigan abajo (4). El demonio puede persuadir que os echéis; mas no os puede él echar si vos no quereis (5); échate de ahí abajo," dice el demonio, cuando os tienta: "échate en el infierno." Decidle vos: "échate tú, que sabes ya el camino, que yo no me quiero echar." Pues si vos no quereis ir al infierno, él no os puede llevar allá. Andaba uno muy afligido y ya muy consumido y gastado con una tentación del demonio que le decía interiormente: "ahórate." Díjole un religioso á quien se declaró: "hermano, ¿eso no ha de ser queriendo vos? Pues decidle, «no quiero;» y avisadme de aquí á ocho días cómo os va." Y quitósele con aquello la tentación, y volvió á dar las gracias al confesor que tal remedio le había dado. Pues este es el medio que ahora vamos dando.

Concuera bien con esto lo que dice San Agustín: "Hermanos míos, antes de la

(1) Videte, fratres, quam debilis est hostis noster, qui non vincit nisi volentem. *Bernard.*  
(2) Hieron. *sup. cap. 4. Matth.*  
(3) Mitto te deorsum. *Matth. IV, 6.*  
(4) Vox diaboli est, qui saepe omnes adora-  
deorum deciderat. *Hieron. ubi supra.*  
(5) Persuadere potest, praecipitare non potest. *Id.*

venida de Cristo, el demonio andaba suelto; pero viniendo él al mundo, ató al demonio que se había hecho fuerte en él, como dice el Sagrado Evangelio (1), y le vió San Juan en el Apocalipsi (2). "Vi, dice (3), volar un angel del cielo que tenía la llave del abismo, y una gran cadena en la mano, y cogió al dragon, serpiente antigua, que es el demonio, y atólo por mil años, y arrojólo al abismo, y cerró y selló, dejándolo encerrado para que no engañe mas á las gentes hasta que se pasen mil años, y despues se le dará larga por algun poquillo de tiempo." Dice San Agustín, sobre este lugar, que este atar al demonio, es, no le dejar ni permitir que haga todo el mal que él podía y quería, si le dejaran, tentando y engañando á los hombres de mil maneras esquisitas. Cuando venga el Anti-Cristo, le darán alguna mas licencia; mas ahora está muy atado. Pero direis: "si está atado ¿cómo prevalece y hace tanto mal?" Es verdad, dice San Agustín, que prevalece y hace mucho daño; pero eso es en los descuidados y negligentes: porque el demonio está atado como perro con cadenas, y no puede morder á nadie, sino es al que se quiere llegar á él. Ladrar puede y provocar y solicitar á mal; pero no puede morder, ni hacer mal, sino al que se le quiere llegar (4). Pues así como sería necio, y os reiríades y haríades burla del hombre que se dejase morder de un perro que está amarrado fuertemente con una cadena: así,

(1) Matth. XII, 29.  
(2) August. *serm. 197 de tempore.*  
(3) Et vidi angelum descendentem de coelo, habentem clavem abyssi, et catenam magnam in manu sua. Et apprehendit draconem, serpentem antiquum, qui est diabolus, et Satanas, et ligavit eum per annos mille: et misit eum in abyssum, et clausit, et signavit super illum, ut non seducat amplius gentes, donec consumentur mille anni. Et post haec oportet illum solvi modico tempore. *Apoc. XX, 1.*  
(4) Latrare potest, solicitare potest, mordere omnino non potest, nisi volentem. *Aug. lib. 20 de civit., c. 8.*

dice San Agustín, merecen que se rían y hagan burla de ellos, los que se dejan morder y ser vencidos del demonio, pues está atado y amarrado fuertemente, como perro rabioso, y no puede hacer mal sino á los que se le quieren llegar: vos os lo quisistes, pues os llegastes á él para que os mordiese; que él no puede llegar á vos, ni haceros caer en culpa alguna, si vos no quereis; y así podéis hacer burla de él. Declara San Agustín á este propósito aquello del Salmo: "Este dragon, que criastes, Señor, para que hiciésemos burla de él (1)." ¿No habeis visto cómo hacen burla de un perro, ó de un oso atado, y se van á jugar y pasar tiempo con él los muchachos? Pues así podéis hacer burla del demonio, cuando os trae las tentaciones, y llamarle de perro, y decirle: "anda, miserable, que estás atado, no puedes morder, no puedes hacer mas de ladrar."

Quando al bienaventurado San Antonio le aparecieron los demonios en diversas formas espantables, en figuras de fieros animales, como leones, tigres, toros, serpientes y escorpiones, cercándole y amenazándole con sus uñas, dientes, bramidos y silvos temerosos, que parecía le querían ya tragar; el Santo hacia burla de ellos, y decíales: "si tuviédes algunas fuerzas, uno solo de vosotros bastaría para pelear con un hombre: mas porque sois flacos, procurais juntaros á una mucha canalla, para poner miedo con eso. Si el Señor os ha dado poder sobre mí, veísme aquí, tragadme; mas si no le teneis, ¿para qué trabajais en valde?" Así podemos hacer nosotros; porque despues que Dios se hizo hombre, ya no tiene el demonio fuerzas, como él mismo lo confesó á San Antonio, el cual respondió: "Al Señor

(1) Draco iste quem formasti ad illudendum ei. *Psal. CIII, 26.*

se den gracias por eso que, aunque eres padre de mentiras, en eso dices verdad, porque el mismo Cristo nos lo dice: "Yo he vencido y librado al mundo" de la sujecion y poderio del demonio, "por eso tened ánimo y confianza (1)." "Gracias infinitas sean dadas al Señor, que por Cristo nos ha concedido esta victoria (2)."

CAPITULO XII.

Que nos ha de dar grande ánimo y esfuerzo para pelear en las tentaciones considerar que nos está mirando Dios.

Ayudarános tambien mucho para tener grande ánimo y esfuerzo en las tentaciones, y pelear varonilmente en ellas, considerar que nos está mirando Dios cómo peleamos. Cuando un buen soldado está en campo peleando contra sus enemigos, y echa de ver que el emperador ó capitán general le está mirando y gustando de ver el ánimo con qué pelea, cobra grande esfuerzo y bríos para pelear. Pues eso pasa en nuestras peleas espirituales, en realidad de verdad. Y así, cuando peleamos contra las tentaciones, habemos de hacer cuenta que estamos en un teatro, cercados y rodeados de ángeles y de toda la corte celestial que está á la mira esperando el suceso, y que el presidente y juez de nuestra lucha y pelea es el Todopoderoso Dios. Y es consideracion esta de los Santos, fundada en aquellas palabras del Sagrado Evangelio: "Hé aquí que los ángeles se llegaron á él y le servian (3)." En aquella tentacion y batalla espiritual de Cristo con el demonio, estaban los ángeles á la mi-

(1) Confidite, ego vici mundum. Joann. XVI, 33.  
(2) Deo autem gratias, qui dedit nobis victoriam per Dominum nostrum Jesum-Christum. I. ad Cor. XV, 57.  
(3) Et ecce Angeli accesserunt, et ministrabant ei. Matth. IV, 13.

ra, y en acabando de vencer comenzaron á servirle y á cantarle la gala de la victoria. Y del bienaventurado San Antonio leemos que; siendo una vez reciamente azotado y acozeado de los demonios, alzando los ojos arriba, vió abrirse el techo de su celda y entrar por allí un rayo de luz tan admirable que con su presencia huyeron todos los demonios, y el dolor de las llagas le fué quitado, y con entrañables suspiros dijo al Señor, que entonces le apareció: «¿Dónde estabas, oh buen Jesús! ¿Dónde estabas, cuando yo era tan maltratado de los enemigos? ¿Por qué no estuviste aquí al principio de la pelea, para que la impidieras ó sanaras todas mis llagas?». A lo cual el Señor respondió diciendo: «Antonio, aquí estuve desde el principio; mas estaba mirando cómo te habias en la pelea; y porque varonilmente peleaste, siempre te ayudaré y te haré nombrado en la redondez de la tierra». De manera, que somos espectáculo de Dios y de los ángeles y de toda la Corte Celestial. Pues ¿quién no se animará á pelear con esfuerzo y valentía delante de tal teatro?

Y mas, porque el mirar de Dios es ayudarnos, habemos de pasar en esto adelante, y considerar que no solamente nos está Dios mirando como Juez, para darnos premio y galardón si vencemos; sino tambien como Padre y valedor, para darnos favor y ayuda para que salgamos vencedores (4). En el cuarto libro de los Reyes, cuenta la Sagrada Escritura que envió el rey de Siria la fuerza de todo su ejército de carros y caballos sobre la ciudad de Dostain, donde estaba el profeta Eliseo, para prenderle; y levantándose de mañana su criado Giezi, viendo sobre sí tanta multi-

(4) Oculi enim Domini contemplantur universam terram, et praebent fortitudinem. II. Paral. XVI, 9. — Quoniam a dextris ex mihi ne commovear. Ps. XV, 8.

tud, fué corriendo y dando voces diciéndole lo que pasaba. Pareciale que ya eran perdidos (1). Dice el Profeta: "No temas, que mas son los que nos defienden á nosotros (2)." Y pidió á Dios que le abriese los ojos para que lo viese. Abrele Dios los ojos, y ve que todo el monte estaba lleno de caballeros y carros de fuego en su defensa, con lo cual quedó muy esforzado. Pues con esto lo habemos de quedar tambien nosotros: "Pónme, Señor, cerca de tí, y cualquier mano pelee contra mí," decía el Santo Job (3). Y el Profeta Jeremías: "El Señor está conmigo, y como fuerte guerrero pelea por mí; no hay que temer los enemigos, porque sin duda caerán y quedarán confundidos (4)."

San Gerónimo, sobre aquello del Profeta: "Señor, con el escudo de vuestra buena voluntad nos coronastes (5)," dice: notad que allá en el mundo una cosa es el escudo y otra la corona; pero para con Dios una misma cosa es el escudo y la corona; porque defendiéndonos el Señor con el escudo de su buena voluntad, enviándonos su proteccion y ayuda, este escudo y amparo es nuestra victoria y corona: "Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros (6)?"

CAPITULO XIII.

De dos razones muy buenas para pelear con grande ánimo y confianza en las tentaciones.

El bienaventurado San Basilio dice (7)

(1) Heu, heu, heu, Domine mi, quid faciemus? IV. Reg. VI, 15.  
(2) Noli timere: plures enim nobiscum sunt, quam cum illis. Ib.  
(3) Pone me juxta te, et cujusvis manus pugnet contra me. Job. XVII, 3.  
(4) Dominus autem mecum est, quasi bellator fortis; idcirco, qui persequuntur me cadent, et infirmi erunt: confundentur vehementer. Jerem. XX, 41.  
(5) Domine, ut scuto bonae voluntatis tuae coronasti nos. Ps. V, 13.  
(6) Si Deus pro nobis, quis contra nos? Ad Rom. VIII, 31.  
(7) Basil. serm. 21 et 28 de variis argumentis. B. del G., tomo XIV. — EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS. — T. I.

que la rabia y enemistad que el demonio tiene con nosotros, no solo es envidia del hombre, sino ódio que tiene contra Dios nuestro Señor; y como no puede hacer fuerte en Dios, ni satisfacer en él su rabioso enojo, viendo que el hombre habia sido criado á su imágen y semejanza, convierte toda su rabia y enojo contra el hombre, por ser imágen y semejanza de Dios, á quien él tanto aborrece, y procura vengarse en él, haciéndole todo el mal y daño que puede; como si uno estuviese muy airado con el rey y descargase el enojo en su imágen, porque no puede llegar al rey. Y como el toro, dice San Basilio, que viéndose agarrado del hombre, arremete con su estatua y figura, que en el caso le han puesto, y en ella descarga su furia y rabia, haciéndola pedazos, vengándose en ella del hombre.

De aquí sacan los Santos dos razones muy buenas para animarnos á pelear varonilmente en las tentaciones y para que tengamos grande confianza que saldremos de ellas con victoria. La primera es, porque no nos va en ello nuestra honra sola, sino la de Dios, á quien el demonio quiere injuriar y ofender en nosotros. Lo cual nos ha de animar á dar la vida, antes que faltar, porque el demonio no salga con la suya de haber tomado aquella venganza contra Dios en nosotros, como en imágen suya y que él tanto ama y estima. De manera, que ya, no solo defendemos nuestro partido, sino tambien el de Dios; y así habemos de morir en la demanda, antes que consentir que se menoscabe la honra de Dios.

Lo segundo, pues el demonio, por respecto de Dios, y por el ódio que á su Divina Magestad tiene, nos hace guerra, podemos confiadamente esperar que el Señor saldrá á la causa, y tomará este negocio por suyo, y volverá por nosotros, para que no

seamos vencidos, ni sobrepujados de él, sino que salgamos con victoria y triunfo. Porque aun acá vemos, que si un príncipe ó señor poderoso ve á otro puesto en algun trabajo ó aprieto por su causa y respeto, luego sale á la demanda y toma el negocio por suyo. En el libro de Ester cuenta la Sagrada Escritura (1), que por causa de Mardoqueo, había Aman puesto á punto de muerte á todo el pueblo de los judios, y tornó Mardoqueo por su causa de tal manera, que puso á Aman y á los suyos donde él queria ponerlos. Mucho mejor hará esto el Señor. Y asi osadamente podemos decir á Dios: "Levantáos, Señor, y volved por vuestra causa. Toma, Señor, las armas y el escudo, y levántate en mi ayuda (2)."

CAPITULO XIV.

Que Dios no permite que nadie sea tentado mas de lo que puede llevar, y que no debemos desmayar cuando crece ó dura la tentacion.

"Fiel es Dios, dice el Apóstol San Pablo (3), que no permitirá que seais tentados mas de lo que podeis; y si creciere la tentacion, crecerá tambien el socorro y favor para vencer y triunfar de vuestros enemigos, y quedar con ganancia de la tentacion." Esta es una cosa de grandísimo consuelo y que pone grande ánimo en las tentaciones: por una parte sabemos que el demonio no puede mas de lo que Dios le diere licencia, ni nos podrá tentar un punto mas. Por otra parte estamos ciertos que Dios no le dará licencia para que nos tiente

(1) Esther, cap. 8 et 9.  
 (2) Exurge Deus, judica causam tuam. Ps. LXXIII, 22.—Apprehende arma, et scutum, et exurge in adiutorium mihi. Ps. XXXIV, 8.  
 (3) Fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione proventum, ut possitis sustinere. I. ad Cor. X, 13.

mas de lo que pudiéremos llevar, como dice aquí el Apóstol. ¿Quién con esto no se consolará y animará? No hay médico que con tanto cuidado mida y tase las onzas de acibar que ha de dar al enfermo, conforme á la disposicion del sugeto, como aquel Físico celestial mide y tasa el acibar de la tentacion y tribulacion que ha de dar ó permitir á sus siervos, conforme á la virtud y fuerzas de cada uno. Dice muy bien el santo abad Efrén (1): «Si el ollero que hace vasos de barro, y los pone en el horno, sabe bien el tiempo que conviene tenerlos en el fuégo para que salgan bien sazonados y templados y sean provechosos para el uso de los hombres, y no los tiene mas tiempo del que es menester, porque no se quemea y se quiebren, ni les tiene menos tiempo del necesario, porque no salgan tan tiernos que luego se deshagan entre las manos; ¿cuánto mas hará esto Dios con nosotros, que es de infinita sabiduría y bondad, y es grande el amor paternal que nos tiene?»

San Ambrosio, sobre aquello de San Mateo: "Entrando Jesus en la navecilla, le siguieron sus Discipulos; y levantóse una gran tormenta en el mar, de suerte, que á la navecilla la cubrian las olas; mas Jesus dormia (2)," dice (3): notad que tambien los escogidos del Señor, y que andan en su compañía, son combatidos de tentaciones, y algunas veces hace Dios del que duerme, escondiendo como buen Padre el amor que tiene á sus hijos, para que acudan mas á él; pero no duerme Dios, ni se ha olvidado de vos. Dice el Profeta Habacuc: "Si os pareciere que tarda el Señor, esperadle, y estad muy cierto que vendrá y no tarda-

(1) Ephren, serm. 1 de patientia.  
 (2) Ascendente Jesu in naviculam, secuti sunt eum discipuli ejus, et ecce motus magnus factus est in mari, ita ut navicula operiretur fluctibus: ipse vero dormiebat. Math. VIII, 23.  
 (3) Ambr. lib. 6 super Lucam.

rá (4)." Paréceos á vos que tarda, mas en realidad de verdad no tarda. Al enfermo parecele larga la noche y que se tarda el dia; mas no es asi, no se tarda, que á su tiempo viene. Asi Dios no se tarda, aunque á vos como á enfermo os parezca que sí. Él sabe muy bien la ocasion y la coyuntura, y acudirá al tiempo de la necesidad.

San Agustin trae á este propósito aquello que respondió Cristo nuestro Redentor á á las hermanas de Lázaro, Marta y Maria: "Esta enfermedad no es para la muerte, sino para gloria de Dios, y para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella (2)." Habíale enviado á decir que estaba enfermo su amigo Lázaro, y detúvose dos dias, que no quiso ir allá, para que el milagro fuese mas señalado. Asi, dice (3), hace Dios muchas veces con sus siervos; déjales por algun tiempo en las tentaciones y trabajos, que parece se ha olvidado de ellos; pero no se ha olvidado, sino hácelo para sacarlos despues de ellos con mayor triunfo y gloria. Como á José, que le dejó estar mucho tiempo en la cárcel, para sacarle despues de allí como le sacó, con grande honra y gloria, haciéndole gobernador de toda la tierra de Egipto. Asi, dice, habeis de entender, que si el Señor se detiene y permite que dure la tentacion y el trabajo, es para sacaros despues de él con mayor aprovechamiento y acrecentamiento vuestro. San Crisóstomo nota tambien esto sobre aquellas palabras: "Que me ensalzas de las puertas de la muerte (4)." Advertid, dice, que no dijo el Profeta: «librásteme, Señor, de las puertas de la muerte;» sino «ensál-

(1) Si moram fecerit, expecta illum: quia veniens veniet, et non tardabit (Id est, citissime veniet). Habac. II, 3.  
 (2) Infirmas haec non est ad mortem, sed pro gloria Dei, ut glorificetur Filius Dei per eam. Joann. XI, 4.  
 (3) Aug. Epist. 143 ad Demetr. virginem.  
 (4) Qui exaltas me de portis mortis. Ps. IX, 15.

zarme.» Porque el Señor, no solamente libra á sus siervos de las tentaciones, sino pasa adelante haciéndoles con esto mas aventajados y señalados. Y asi, por muy apretado que os veais, aunque os parezca que llegais hasta las puertas del infierno, habeis de tener confianza, que de ahí os sacará Dios. Él es el que mortifica y vivifica, y el que deja llegar hasta las puertas de la muerte, y el que saca y libra de ellas, cuando ya pensábades perecer (1). Y asi decia el Santo Job: "Aunque me mate, en él esperaré (2)."

San Gerónimo pondera aqui muy bien aquello del Profeta Jonás, que cuando pensó que ya era perdido y que no había remedio, sino que dan con él en la mar; ahí le tenia el Señor á punto una ballena que le recibiese, no para despedazarle, sino para salvarle y echarle á tierra, como en navío muy seguro (3). «Advertid y considerad, dice (4), que lo que los hombres pensaban que era su muerte, esa fué su guarda y su vida. Pues asi, dice, nos acontece á nosotros, que lo que pensamos muchas veces que es pérdida, es ganancia; y lo que pensamos que es muerte, es vida.» Como la redoma de vidrio en manos de hombre que juega de manos, que la echa muchas veces en alto, y piensan los otros que cada vez se le ha de caer y hacer pedazos; pero despues de dos ó tres veces, quitáseles el miedo á los que lo ven y tienen por tan diestro al jugador que se admiran de su destreza. Asi los siervos de Dios, que saben muy bien cuán diestro oficial es Dios, y conocen prácticamente y

(1) Quia Dominus mortificat, et vivificat; deducit ad inferos, et reducit. I. Reg. II, 6.  
 (2) Etiam si occiderit me, in ipso sperabo. Job. XIII, 15.  
 (3) Praeparavit Dominus piscem grandem, ut deglutiret Jonam. Jon. II, 1.  
 (4) Animadvertendum est quod ubi putabatur interitus ibi custodia sit. Hieron.

por experiencia que sabe muy bien jugar con nosotros, levantándonos y humillándonos, mortificándonos y vivificándonos, hiriendo y sanando, no temen ya en las adversidades y peligros, aunque se tengan por flacos y de vidrio; porque saben que están en buenas manos (1), que no se le quebrará la redoma ni la dejará caer.

En la Historia Eclesiástica se refiere que decía el abad Isidoro: «cuarenta años há que soy combatido de un vicio y nunca he consentido.» Y de otros muchos de aquellos santos monges antiguos leemos semejantes ejemplos de tentaciones muy continuas y largas, en que peleaban con grande fortaleza y confianza. Pues á estos gigantes, que sabían bien pelear (2), habemos nosotros de imitar. El glorioso San Cipriano, para animarnos á esto, trae (3) aquello de Isafas: «No quieras temer, dice Dios (4), porque yo te redimí; tú eres mío, y bien te sé el nombre; cuando pasares por las aguas, seré contigo, y no te hundirás; cuando anduvieres en medio del fuego, no te quemarás, ni la llama te hará mal alguno; porque yo soy tu Dios, tu Señor y Salvador.» También son para esto muy tiernas y regaladas aquellas palabras que dice Dios por el mismo Profeta: «Seréis llevados á los pechos, y sobre las rodillas os halagarán: como la madre halaga al hijuelo, os consolaré yo (5).» Mirad con qué amor y ternura recibe la madre al niño, cuando teniendo miedo de alguna cosa

(1) In manibus tuis sortés meae. Ps. XXX, 16.  
(2) Ibi fuerunt gigantes scientes bellum. Baruc. III, 26.  
(3) Cyprian. lib. de exhortat. Martyrii.  
(4) Noli timere, quia redemi te, et vocavi te nomine tuo: meus es tu; cum transferis per aquas, tecum ero, et flumina non operient te: cum ambulaveris in igne, non combureris, et flamma non ardebit in te; quia ego Dominus Deus tuus, Sanctus Israel Salvador tuus. Isai. XLIII, 1.  
(5) Ad ubera portabimini, et super genua blandientur vobis. Quomodo si cui mater blandiatur, ita ego consolabor vos. Isai. LXVI, 12.

se acoge á ella; cómo le abraza, y le dá los pechos; cómo junta su rostro con el suyo, y le acaricia y regala. Pues con mayor amor y regalo, sin comparacion, acoge el Señor á los que en las tentaciones y peligros acuden á él. Esto decía el Profeta que le consolaba y animaba mucho á él en sus tentaciones y trabajos (1). Esto nos ha de consolar y animar también á nosotros, y hacer que tengamos grande ánimo y confianza en las tentaciones; porque no puede faltar Dios á su palabra, dice el Apóstol San Pablo (2).

CAPITULO XV.

Que el desconfiar de sí y poner toda su confianza en Dios es grande medio para vencer las tentaciones, y por qué acude Dios á los que confían en él.

Uno de los mas principales y eficaces medios para alcanzar victoria y triunfo en las tentaciones, es desconfiar de nosotros y poner toda nuestra confianza en Dios. Y así vemos que no da otra razon el mismo Señor en muchos lugares de la Escritura para amparar y librar á uno en el tiempo de la tribulacion y tentacion, sino haber esperado y confiado en él: «Por qué esperó en mí lo libraré yo. Dios hace salvos á los que esperan en él; es protector de todos los que esperan en él (3).» De donde tomó la Iglesia aquella oracion: «Señor, que sois protector y amparo de los que esperan en vos, etc. (4).» Y en el Salmo LVI, esto

(1) Memor esto verbi tui, servo tuo, in quo mihi spem dedisti. Haec me consolata est in humilitate mea: quia eloquium tuum vivificavit me. Ps. CXVIII, 49.  
(2) Impossibile est mentiri Deum. Ad Heb. VI, 18.  
(3) Quoniam in me speravit, liberabo eum. Ps. XC, 14.—Qui salvos facis sperantes in te. Ps. XVI, 7.—Protector est omnium sperantium in se. Ps. XVII, 31.  
(4) Protector in te sperantium Deus, etc.

alega el Profeta y pone delante á Dios, para obligarle á que use con él de misericordia: «Señor, habed misericordia de mí, porque he esperado y puestó toda mi confianza en vos (1).» Y lo mismo hace el Profeta Daniel: «No quedan confundidos, Señor, los que confían en tí (2).» Y el Sábio dice: «¿quién jamás esperó en Dios que quedase confundido (3)?» Y toda la Escritura está llena de esto; de lo cual digimos arriba (4), y así no será menester detenernos aquí en ello.

Pero veamos qué es la causa de ser este medio tan eficaz para alcanzar el favor del Señor; y por qué acude Dios tanto á los que desconfían de sí y ponen en él toda su confianza. La razon de esto habemos también tocado diversas veces, y la dá el mismo Señor en el Salmo XC: «Porque esperó en mí, le ampararé y libraré; ¿por qué? «Lo ampararé, dice (5), porque conoció mi nombre.» Decláralo muy bien San Bernardo: «La razon es, porque ese no se atribuye nada á sí, sino todo lo atribuye y refiere á Dios, y á él le da la honra y gloria de todo (6);» y así, entonces toma Dios la mano, hace suyo el negocio y se encarga de él, y vuelve por su gloria y honra. Pero cuando uno va confiado en sí y en sus medios y diligencias, todo aquello se atribuye á sí y lo quita á Dios, y se quiere alzar con la honra y gloria que es propia de Su Magestad, y así le deja Dios en su flaqueza porque no haga nada; por-

(1) Miserere mei Deus, miserere mei; quoniam in te confidit anima mea. Et in umbra alarum tuarum sperabo. Ps. XXXVI, 1.  
(2) Quoniam non est confusio confidentibus in te. Dan. III, 40.  
(3) Eccl. II, 14.  
(4) Trat. 3, cap. 35 y 38.  
(5) Protegam eum, quoniam cognovit nomen meum. Ps. XI, 14.  
(6) Si tamen cognoverit nomen meum: ne sibi tribuat quod liberatus est, sed nomini meo det gloriam. Bernard. serm. 13, super Ps. Qui habitat.

que, como dice el Profeta (1), «no se agrada Dios en los que confían en la fortaleza de sus caballos, y en sus industrias y diligencias, sino en aquellos que, desconfiados de sí y de todos sus medios, ponen toda su confianza en Dios y á esos envía él su socorro y favor muy copioso y abundante.»

San Agustín dice que por esto dilata Dios algunas veces sus dones y favores, y permite que duren mucho en nosotros los resabios de algunos vicios y malas inclinaciones que tenemos y que no las acabamos de vencer y sujetar del todo; «no para que nos perdamos y condenemos, sino para que seamos humildes y para encomendarnos mas sus dones, y que los estimemos en mas y los reconozcamos por suyos, y no nos atribuyamos á nosotros lo que es de Dios; porque este es un error muy grande y muy contrario á la honra y á la Religion y piedad cristiana (2).» Y si alcanzásemos estas cosas con facilidad, no las tendríamos en tanto y luego pensaríamos que nos las teníamos en la manga, y que por nuestra diligencia las habíamos alcanzado. San Gregorio, sobre aquellas palabras de Job: «Veis aquí, que no hay socorro en mí para mí (3),» dice: «Muchas veces usamos tan mal de la virtud y de los dones de Dios, que nos fuera mejor no los tener; porque nos ensoberbecemos con ellos y confiamos luego mucho en nosotros mismos, y atribuimos á nosotros y á nuestras fuerzas y diligencias lo que es pura gracia y misericordia de

(1) Non in fortitudine equi voluntatem habebit: nec in tibiis viri beneplacitum erit ei: beneplacitum est Domino super timentes eum, et in eis qui sperant super misericordia eius. Ps. CXLVI, 10.  
(2) Non ut damnemur, sed ut humiles simus. Commendans nobis gratiam suam, ne facilitatem in omnibus assecuti, nostrum putemus esse quod eius est; qui error multum est Religioni, pietati que contrarius. Aug. lib. 2 de peccat. merit. et remis. cap. 19.  
(3) Ecce non est auxilium mihi in me. Job. VI, 13.

Dios (1). Pues por esto (2) nos niega el Señor muchas veces sus dones, y permite que millares de veces experimente uno su propia imposibilidad en muchas obras buenas, grandes y pequeñas, y que no pueda obrar cuando querría; y permite que dure mucho tiempo esa imposibilidad, para que aprenda á humillarse, y á no confiar de sí, ni atribuirse cosa alguna, sino que todo el bien lo atribuyamos á Dios, y entonces podrá cantar y decir: "Las armas de los fuertes fueron vencidas y los flacos han sido ceñidos de fortaleza (3)."

CAPITULO XVI.

Del remedio de la oracion, y pónense algunas oraciones jaculatorias, acomodadas para el tiempo de las tentaciones.

El medio de la oracion siempre se ha de tener por muy encomendado, porque es un remedio generalísimo y de los mas principales que la Divina Escritura y los Santos nos dan para esto. Y el mismo Cristo nos le enseña en el Sagrado Evangelio: "Velad y orad, porque no entreis en la tentacion (4)." Y no solo de palabra, sino con su propio ejemplo nos le quiso enseñar la noche de su Pasion, apercibiéndose para aquella batalla con larga y prolija oracion, no porque él tuviese necesidad, sino para enseñarnos á nosotros que lo hagamos asi en todas nuestras tentaciones y adversidades. El abad Juan decia que ha de ser el

(1) Plerumque enim virtus habita, deterius quam si deesset, interficit; quia dum ad sui confidentiam mentem erigit, hanc elationis gladio transfigit: cumque eam quasi roborando vivificat, elevando necat: ad interitum videlicet pertrahit, quam per spem propriam ab interna fortitudinis fiducia evellit. Greg.  
(2) D. Vincent. tract. de vita spirituali, cap. 3.  
(3) Arcus fortium superatus est, et infirmi accincti sunt robore. I. Reg. II, 4.  
(4) Vigilare, et orate, ut non intretis in tentationem. Math. XXVI, 41.

religioso como un hombre que tiene á la mano izquierda el fuego, y á la derecha el agua, para que en prendiéndose el fuego, luego eche agua y le apague. Asi, en prendiéndose el fuego del pensamiento torpe y malo, habemos de tener luego á la mano el refrigerio de la oracion para apagarle. Traia tambien otra comparacion, y decia que el religioso es semejante á un hombre que está sentado debajo de un árbol grande, el cual, viendo venir muchas serpientes y bestias fieras contra sí, como no les puede resistir, súbese encima del árbol, y asi se salva. De la misma manera el religioso, y todo el que trate de su aprovechamiento espiritual, cuando ve venir las tentaciones, se ha de subir á lo alto con la oracion y acogerse á Dios, y asi se salvará y librá de las tentaciones y lazos del demonio. En valde trabajará y echará él sus redes, si nosotros sabemos volar y subirnos á lo alto con las alas de la oracion (1).

En la primera parte (2) tratamos largamente de este medio de la oracion; ahora solamente recogeremos algunas oraciones jaculatorias, de que nos podamos ayudar en semejantes tiempos. Llena tenemos la Sagrada Escritura (3), especialmente los Salmos, de oraciones acomodadas para esto. Cuales son: "Levantáos, Señor, ¿por qué dormís? ¿por qué apartais vuestro rostro, y os olvidais de nuestra pobreza y tribulacion (4)?" "Tomad armas y escudo, y levantáos en nuestra ayuda; decid á mi ánima: yo soy tu salud (5)." "¿Hasta cuándo,

(1) Frustra autem jacitur rete ante oculos peccatorum. Prov. I, 17.—Oculi mei semper ad Dominum; quoniam ipse evellat de laqueo pedes meos. Psalm. XXIV, 15.  
(2) 1 p. trat. 5.  
(3) Isai. XXXVIII, 14.  
(4) Domine vim patior responde pro me. Exurge, quare obdormis, Domine? Exurge, et ne repellas in finem. Quare faciem tuam avertis, oblivisceris inopie nostrae, et tribulationis nostrae? Ps. XLIII, 23.  
(5) Apprehende arma, et scutum, et exurge in ad-

Señor, me habeis de olvidar? ¿Hasta cuándo habeis de apartar de mí vuestro rostro? ¿Hasta cuándo se ha de gloriarse mi enemigo sobre mí? Miradme, Señor, y oidme, y alumbrad mis ojos para que no duerma sueño de muerte, ni pueda decir mi enemigo que prevaleció contra mí (1)." "Vos sois, Señor, nuestro refugio y amparo en el tiempo de la necesidad y tribulacion (2)." "Asi como los pollitos se guarecen debajo de las alas de su madre, cuando viene el milano, asi nosotros, Señor, estaremos bien guardados y guardados debajo de vuestras alas (3)." San Agustin se alegraba mucho con esta consideracion, y decia á Dios (4): "Señor, pollito soy, tierno y flaco, y si vos no me amparais, arrebataráme el milano." "Amparadme, Señor, debajo de vuestras alas (5)." Particularmente es maravilloso para este efecto aquel principio del Salmo LXXVII: "Levántese Dios y sean desbaratados sus enemigos; huyan delante de él los que le aborrecen (6)," porque como les ponemos delante, no nuestra virtud, sino la de Dios, desconfiando de nosotros é invocando contra ellos el favor de su Magestad, desfallecen y huyen viendo que ha de salir él á la causa contra ellos en favor nuestro. San Atanasio afirma (7) que muchos sier-

torum mihi; dic animae meae: salus tua ego sum. Ps. XXXIV, 1.

(1) Usquequo, Domine, oblivisceris me in finem? Usquequo avertis faciem tuam a me? usquequo exaltabitur inimicus meus super me? Respice, et exaudi me, Domine Deus meus: illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte: ne quando dicat inimicus meus, praevalui adversus eum. Ps. XII, 1, 2, 3, 4, 5.  
(2) Adjutor in opportunitatibus, in tribulatione. Ps. IX, 10.  
(3) In umbra alarum tuarum sperabo. Ps. LVI, 2.—Et in velamento alarum tuarum exultabo. Ps. LXII, 8.  
(4) Si non me protegis, quia pullus sum, milvus me rapiet. Aug.  
(5) Sub umbra alarum tuarum protege me. Ps. XVI, 8.  
(6) Exurgat Deus, et dissipentur inimici ejus: et fugiant qui oderunt eum a facie ejus. Ps. LXVII, 1.  
(7) Athanas. in quaestionibus. quaest. 15.

vos de Dios han experimentado mucho provecho en sus tentaciones, diciendo este verso.

Unas veces con estas ú otras semejantes palabras de la Sagrada Escritura, que tienen particular fuerza; otras veces con palabras salidas de nuestra necesidad (que tambien suelen ser muy eficaces), siempre habemos de tener muy á la mano este remedio de acudir á Dios con la oracion. Y asi solia decir el P. maestro Avila: "La tentacion á vos, y vos á Dios." "Levantaré mis ojos á aquellos montes soberanos, de donde me ha de venir todo el socorro y favor (1)." Y habemos de procurar que estos clamores y suspiros salgan, no solamente de la boca, sino de lo íntimo del corazón, conforme á aquello del Profeta: "De lo profundísimo clamé á ti, Señor (2)." Dice San Juan Crisóstomo sobre estas palabras: "No dijo, ni clamó solamente con la boca, porque estando el corazón distraído, puede la lengua hablar; sino de lo profundísimo y mas íntimo de sus entrañas y con grande fervor clamaba á Dios (3)."

CAPITULO XVII.

De otros dos remedios contra las tentaciones.

El bienaventurado San Bernardo dice (4) que, cuando el demonio quiere engañar á uno, primero mira muy bien su natural, su condicion é inclinacion, y á

(1) Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi. Auxilium meum a Domino, qui fecit coelum et terram. CXX, 1, 2.  
(2) De profundis clamavi ad te Domine. Ps. CXXIX, 1.  
(3) Non dixit solummodo ex ore, neque solummodo ex lingua: nam errante etiam mente verba funduntur: sed ex corde profundissimo, cum magno studio, et magna animi alacritate, ex ipsis mentis penetralibus. Chrysost. tom. 1, hom. sup. Ps. CXXIX.  
(4) Bernard. de interiori domo, cap. 17.